

## TURBACIÓN

Turbación, sí, creo que eso es lo que siento. Él es mucho más joven que yo, pero, hoy, cuando lo he visto sentado en el sillón del salón del fondo, en medio de todos sus amigos, inclinando el cuerpo hacia delante, hablando con la voz y con las manos, hoy... Sí, eso es lo que he sentido, una incontenible turbación cuando sus ojos se han fijado en mí, ¿Sí? ¿Se han fijado en mí? He vuelto la cabeza rápidamente y he continuado allí, de pie, apoyada en la mesa con el mantel de hilo, conversando con la estúpida de Piluca que me está contando una de sus historias. Entonces, ella me ha cogido del brazo y me ha dicho:

—¿Te pasa algo, Inés?

—¿A mí? Nada, no me pasa absolutamente nada —. He contestado enseguida.

—No sé, me ha parecido verte como... ¿agobiada? Hija, se te ha puesto una cara que es como si fuera a darte un desmayo —me ha dicho.

—¿Qué dices, Piluca? Qué tontería. ¿Agobiada? ¿Por qué voy a estar agobiada? —. Le miento descaradamente.

No estoy agobiada, pero siento un desconcierto que no me explico. Sé, imagino, que la mirada de él está sobre mí. Aprieto con más fuerza el vaso de ron que tengo en la mano, me echo el pelo para atrás, me sujeto más fuerte a la mesa con el mantel de hilo, sin saber lo que hacer con mi cuerpo. ¡Demonios! ¿A qué viene esta confusión que me invade? Imagino que él podría estar desnudándose con su mirada, y no me importa, me gusta.

Dentro de poco, cuando acabe la fiesta, otra vez me voy. Allí no están todos estos. Allí hace frío y el apartamento se me viene abajo. Trabajo, solo trabajo bancario, números, cifras, balances. Nada de salidas. Nadie. Frío, solo frío. No sé si lo voy a poder soportar. Tres años y me quedan otros dos. Hoy es diferente. Se respira compañía, me gustaría que se respirara compañía en estos salones. Ellos, todos ellos, están ya muy lejos. El tiempo, la distancia, separa.

—No, Fede, que la cosa no va por ahí, que te están engañando —le digo a mi amigo que me habla de lo que él cree un maravilloso negocio con la venta de unos solares—. Por mucho que me lo expliques, tú... tú...

—Yo, qué, imamonazo!, yo, qué, que te has quedado como alelao, Dany de los cojones —me dice Fede que ve como estoy mirando al fondo del otro salón ensimismado.

¡Joder! Inés es la tía de Fede y no puedo, no debo, mirarla así, pero esa cara es preciosa y conserva un cuerpo, ¡uf!, qué cuerpo. Pero no es su cuerpo, bueno no solo su cuerpo, es que hay a su alrededor un halo de misterio que invita a un descubrimiento. La he visto

muchas veces, pero hoy me he dado cuenta de algo que siempre me llamó la atención en ella: su cara tiene una tristeza, una tristeza, ¿cómo diría?, contenida, eso, contenida. Y esa tristeza me atrae. Parece que no quiere que se le note, pero el gesto de sus labios, la luz un poco apagada de sus ojos, lo noto. ¿Qué habrá ahí detrás? Desde luego su marido es un gilipollas de tomo y lomo, algo tendrá que ver con eso.

No puede ser lo que acabo de hacer. No me lo creo, he dejado a Piluca con la palabra en la boca y me estoy sentando en el brazo de ese sofá largo en el que está Fede con este montón de amigos. Aquí, a mi lado, a solo un palmo, está Dany. Es muy joven. No sé, respira soledad. Le pongo mi mano sobre su hombro y digo con cara de circunstancias y queriendo parecer muy natural:

—Hola chicos, ¿cómo va todo? —No, imposible, no soy yo la que habla, no soy yo la que ha hecho eso. No gracias, estoy bien aquí, no te levantes, digo. Pero, ¿he ido hasta allí o solo he pensado en que quiero hacerlo y estar cerca de él? Oigo algo de Nueva York y el frío, un negocio, la exposición de Picasso en el MOMA, desde luego todo está carísimo, te están engañando... ¿Es una de las historias de Piluca? Pero no me he movido, estoy tocando el mantel de hilo con mi mano, Piluca me habla de un viaje, ¿es ella la que habla? No lo puedo resistir, vuelvo la cabeza y me lo encuentro, sus ojos están sobre mí, quiero que estén sobre mí. Mi falda, sobre el brazo del sillón, roza por un momento su camisa. No, no es real, ¿lo imagino?

—Oye tío, pero, ¿dónde coño vas?, que te estoy explicando mi negocio de la calle Castelar, que tú sabes mucho, economista de mierda, que estás más solo que la una, que te vas a congelar en ese país... ¡Ven aquí! —Eso me dice Fede cuando me levanto de repente, me lo dice o pienso que me lo diría. Estoy al lado de ella, llevo mi gintonic en la mano.

—Piluca, creo que Fede te estaba buscando. Está allí, en el otro salón, con aquellos —le digo a la madre de Fede.

—¿A mí? Perdonarme, no sé que querrá ese bribón, de él me creo cualquier cosa, ya vengo.

—Hola, ¿cómo estás? Que te quería preguntar una cosa... —le digo a Inés, y me quedo en blanco. Qué hago yo a su lado, qué le puedo decir, ¿qué por qué está triste? Me va a mandar a la mierda. Ahora tan cerca es peor, no puedo dejar de mirar esos labios, quiero besarlos. Y más. ¡Dios mío! Qué estoy pensando, es muy mayor, es la tía de Fede, y quiero besarla. Si supiera lo que estoy pensando ahora, me muero.

—Lo que tú quieras —me dice ella dándole un largo sorbo a su vaso.

Me está mirando con esa cara ausente, esperando que quizás le voy a contar algo de Fede. Hay mucha gente, caras conocidas. Risas, voces, murmullos, conversaciones. Hola Fran, sí, todo bien, claro, nos vemos. Al fondo se oye la voz cadenciosa de Nora Jones. Hasta luego Cris, me va estupendo, digo a unos, a otros. Alguien pasa cerca, me empuja. Perdón. Tropiezo, mi mano se sujeta al brazo de ella para no caerme. ¿O no? Quise hacerlo, sentir su piel, desde luego, pero, ¿me sujeté a ella o a la mesa del mantel de hilo?

—Pues..., ¡qué no me acuerdo lo que te iba a decir, Inés! Pues eso, que estás tan guapa como siempre —le contesto. Ella no tiene ni idea de lo que estoy pensando. Me siento ridículo. Me imagino que le he dicho lo que pienso, me imagino que cuando se lo digo se sonroja ligeramente.

—Muchas gracias, Dany, siempre tan amable. Chín, chín, —me dice chocando su vaso con el mío. Siento una enorme confusión. La música country está ahora a un volumen insoportable. Me acerco a su cara para que me oiga mejor en medio del ruido y le digo: Me gustaría besarte. No, no se lo he dicho, quise hacerlo, fue un impulso, pero ¿lo hice?

Estoy ahí, sentada malamente a su lado sobre el brazo del sillón. Los amigos de Fede han seguido con sus conversaciones. Hablan de una exposición en el MOMA de Nueva York. Mi blusa se ha ahuecado y creo que deja ver un poco más. Él se ha echado para atrás, ¿se ha dado cuenta? Estará pensando en lo que querrá la pesada de la tía de Fede. Y en realidad no quiero nada, pero esta cosa que me pasa con él. Economista sí, pero un chaval. Pues, sí, ¡sí que quiero algo! No tiene ni idea del desconcierto que me produce estar ahora a su lado. ¡Es tan alegre! Por un momento he pensado que podría quitarme esta tristeza infinita de la que no me puedo desprender. Me gustaría que me abrazara.

—Oye Dany, ya me contó Fede que trabajas fuera del país, ¿qué tal te va? —le digo intentando mostrarme interesada.

Han subido el volumen de la música, no sé quien habrá puesto este rock duro. El ruido de la batería y las guitarras eléctricas se mezclan con las voces y nos obliga a todos a hablar más alto. No se entiende nada. Él me mira, intenta decirme algo. Me acerco a su cara y le digo al oído: me gustaría que me abrazaras. No, no puedo haberlo dicho, solo quise decirlo, pero ¿lo hice?